

Arboles para nuestros parques y paseos

El Secretario de Obras Públicas ha cursado órdenes para que se lleven a cabo ciertos trabajos de reparación y embellecimiento en los parques habaneros. Esas órdenes resultan muy oportunas en estos momentos, porque es muy natural que nuestra ciudad se retoque y acicale para recibir a los miles de turistas que seguramente nos visitarán este año. Con el mismo propósito de lucir bien ante los ojos del visitante extranjero, serán suprimidas, por iniciativa de la Corporación Nacional del Turismo, las vallas anunciadoras que afean la urbe y que en muchos casos constituyen además gravísimos atentados contra la sintaxis y la ortografía, serán limpiados los soñares yermos, serán recogidos los profesionales de la mendicidad que acosan al turista y se dará una batida contra la pegajosa insistencia de los vendedores ambulantes que sitlan y agobian al extranjero ofreciéndoles baratos «souvenirs».

Pero lo bueno que tiene toda esta campaña encaminada a hacer agradable la estancia del turista en nuestra ciudad es que ella redundará en beneficio de los propios vecinos de la Habana. No todo ha de ser ventaja para el forastero fuzaz; también el que habita permanentemente en nuestra luminosa y sonora capital tiene sus derechos. Los parques, por ejemplo: son cosa fundamental. No hay ciudad bella sin parques frondosos, verdes, pulcros. Las ciudades ríen por sus parques y muestran al transeúnte sus gestos más gráciles, sus ademanes más acogedores. En la Habana no tenemos todavía el gran parque de expansión ciudadana, a usanza del Central Park nuyorquino, del retiro madrileño, del Chapultepec mejicano o del francés Bois de Baulogne. Esperamos que el Bosque de la Habana en las riberas pintorescas del Almendares y para el cual se van a expropiar grandes parcelas de terreno, sea pronto una realidad. Hasta ahora es sólo una promesa a largo plazo; pero el esfuerzo hecho es tan ingente como desinteresado y

cabe esperar que el más brillante éxito lo corone.

A cambio de un gran parque digno de tal nombre tiene la Habana numerosas plazas que dan a la urbe un permanente encanto primaveral y que bien cuidadas constituirían un gracioso atractivo para propios y extraños. Lo que ocurre es que todas esas plazas, con la excepción de la de Armas, que tiene un bello y elegante «cachet» colonial, y alguna otra, se hallan prácticamente abandonadas, sin agua en sus fuentes, sin árboles en sus canteros, sin veredas limpias, sin iluminación adecuada. La falta de árboles es, sobre todo, nuestro gran crimen de lesa urbanismo. Hubo un tiempo en que se puso de moda la sustitución de los grandes árboles que daban sombra a nuestras plazas, a nuestros paseos y a muchas de nuestras calles, por arbolillos de no más de un metro de altura y por arabescos de césped a la manera de los que decoran los parques ingleses. No se tuvo en cuenta que esa pulcra y graciosa ornamentación vegetal está bien en ciudades de sol lánguido y densa niebla invasora, como Londres; pero no en ciudades de sol fuerte y atmósfera despejada, como la nuestra. Aquí, como en ninguna otra parte, hace falta el árbol copudo que dé frescor y sombra y que proporcione al transeúnte una vigorosa sensación de naturaleza tropical. Da pena ver lugares tan naturalmente bellos como el Paseo de Carlos III y la Avenida de Paula—tan llenos de tradición aquél y ésta—, sin árboles, sin alumbrado propio, sumidos en el abandono más culpable.

La campaña de la Secretaría de Obras Públicas en favor de nuestros parques no debe limitarse a su toque y pulimento. Ha de emprenderse también la siembra de árboles en profusión, de suerte que a la vuelta de unos años la Habana le dé al viajero la impresión que debe darle: la de una ciudad del trópico, de perennes verdes, de sempiterna primavera riente, de vegetación exuberante e impenetrable.